

Madrid

UNA SEMANA DE CINE FANTASTICO Y DE TERROR

RAMIRO CRISTOBAL

NO es fácil definir qué es el cine fantástico. Una serie de especialistas reunidos en Madrid con motivo del festival de este género, resumía su opinión colectiva confesando la casi imposibilidad de alcanzar algo satisfactorio. Sin embargo, se obtenía un resultado provisional, concluyendo con Roman Gubern que se trata de un macro-género en el que entran, como en terrorífico cajón de sastre, películas de tema tan dispar como son las de ciencia-ficción y anticipación, las de monstruos y doctores locos, las de crímenes sin trama criminal, las de terror a causa de un agente material o no materializado, las construidas a base de paisaje y personajes proliamente fantásticos (cuentos de hadas, duendes y gigantes) y un gran etcétera. Al final hemos puesto la etiqueta de cine fantástico a todo aquel que no es realista, es decir, aquel en el que lo que ocurre transgrede, de una u otra manera, la experiencia cotidiana.

En la I Muestra Internacional de Cine Imaginario de la Villa de Madrid ha habido un poco de todos los géneros citados, pero es preciso ir ya seleccionando, por número de películas y por la fuerza de su reali-

zación, los caminos por los que transcurre actualmente el cine de terror. Es bien claro, por ejemplo, que los monstruos clásicos — Frankenstein, el hombre-lobo, los vampiros — se encuentran en decadencia, a pesar de algunas buenas películas, como el "Nosferatu" de Herzog, hechas en este sentido. En cambio, vamos a tener un renacimiento del terror cotidiano a base de la esquizofrenia que padece un sector apreciable de la gente. O al menos así lo ven, al parecer, bastantes directores del género de terror. En la muestra, un buen porcentaje de las cuarenta y tantas películas presentadas entre concurso e informativa demostraron que las preferencias del público y de los hombres del cine caminan en este sentido. Está, por ejemplo, el cine australiano, cuyas multinacionales de distribución aún no están a la altura de sus colegas norteamericanas y europeas, pero que va contando ya con muchos realizadores interesantes y, sobre todo, con un grupo de actores excelentes. Precisamente la mejor película considerada por el Jurado popular de este festival es de esta nacionalidad. Se titula "The last wave" y su director es Peter Weir, un director que apenas es co-



"The Mau Cage", con Carol Kane (izquierda), que obtuvo el premio de interpretación.

nocido en España por su película "Picnic at Hanging Rock", una película bellísima, repleta de un poético misterio. "The last wave", por su parte, ha resultado una gran película, en la que Weir mezcla varios asuntos, desde las relaciones entre la sociedad blanca e indígena en Australia hasta cuestiones oníricas y adivinatorias.

Otro australiano, Colin Eggleson, presentó "Long week end", que recibió el premio a la mejor realización. Este largo y terrorífico fin de semana le ocurre a un matrimonio acampado en un bosque vecino a una playa: los atentados contra la Naturaleza provocan la furia de ésta, que acabará por expulsarlos y destruirlos. Es una película ecológica, aunque bastante contradictoria.

— Estados Unidos envió dos películas prototipo de su producción de terror. Una es "The Mau Cage", con una dulce asesina desequilibrada a causa de complicadísimos complejos familiares. Es una película interesante dirigida por una mujer, Karen Arthur, y con una soberbia interpretación de Carol Kane ("La Sabina"), que se llevó el premio de actuación. La otra es "La centinela", en la línea de "El exorcista" y "La profecía": es una des-

carada propaganda católica a base de demonios que nos amenazan. El director, Michael Winner, trató de copiar en lo posible "La semilla del diablo", de Polanski, sin lograrlo.

Inglaterra mandó varias películas a las que es preciso referirse. La tradición del cine de terror que tiene el Reino Unido sigue con cierta pujanza, en un momento en que del resto de su cinematografía lo menos que puede decirse es que está inmóvil. En primer lugar, "The Shout" ("El grito"), dirigida por Skalimowski, sobre un relato de Robert Graves. Es una extraña historia de poderes mágicos también relacionados con el continente australiano. Esta película fue estrenada en varios países europeos hace más de dos años e incomprensiblemente aún no lo ha sido en España. Su guión ganó el premio del Festival. Otra magnífica película, "The man who fell to earth", es un bello relato antirracista sobre un extraterrestre que llega a la Tierra y debe enmascararse para no ser detectado y destruido. Su director, Nicolas Roeg, demostró una vez más su calidad.

Tuvo un éxito discreto la española "El caminante", de Jacinto Molina, que trató de recrear la picaresca demoníaca de la tradición literaria española. E igualmente, la francesa "Zoo zero", de Alain Fleischer, que resultó excesivamente hermética. Por lo que a Bélgica respecta, envió un largometraje y dos cortos del realizador Roland Lethem, que estuvo presente. Fernando Arrabal debía asistir (luego no lo hizo) y presentar su película "¡Viva la muerte!", que luego no presentó. Hubo una exposición de dibujos de Roland Topor, y la estrella fue el chileno, vecindado en México, Alejandro Jodorowski, miembro también de la corriente cultural mencionada, aunque a estas alturas ya pareciera desligado de ella. Por desgracia, "El Topo", su película más famosa, que debía ser proyectada, tampoco apareció, a causa de una complicada trama de secuestro de copia a cargo del importador, que se convirtió en el villano por excelencia de la semana. ■

Ha muerto Luis Cuadrado

No fotografiaba sus películas. Las pintaba. Creó un estilo personal que nunca olvidó las características de cada director con quien trabajaba: Saura, Erice, Portabella, Armistead, Olea... Se reconoció su talento en todo el mundo, recibió homenajes y admiración. Luis Cuadrado era el mejor. Se comprometió con energía con el "nuevo cine español", en la mitad de los sesenta, estuvo siempre con lo más vivo de la profesión, era inquieto y curioso. Una entrevista con Luis Cuadrado era necesaria si uno quería imbuirse de cordialidad y sabiduría intuitiva.

Cuando en 1977 se conoció la noticia de su ceguera, un desgarramiento emocional nos angustió a todos. Cualquier enfermedad hubiera sido menos injusta para con él. En sus ojos ciegos se habían quedado congeladas miles de imágenes ciertas y otras muchas en proyecto. Ahora, dos años más tarde, esa enfermedad le ha llevado irremisiblemente a la muerte. El cine español no sólo ha perdido a un inventor genial, sino a un amigo valeroso y tierno. Nos ha dejado el recuerdo de una cordialidad vital y entrañable. También la sensación de una impotencia. ■ D. G.

